

LA IMPORTANCIA DEL TRABAJO EN EQUIPO

UN CASO DE LA VIDA REAL

Señor
Jefe de Seguridad:

Le estoy contestando su carta en la que me pide ampliar la descripción del accidente ocurrido el mes pasado, pues lo que anoté en la casilla 6 del reporte de accidentes ("Intenté hacer todo el trabajo yo solo"), al parecer no fue lo suficientemente claro.

Soy albañil profesional. El día del accidente estuve trabajando solo en la azotea de un edificio nuevo de seis pisos. Cuando terminé el trabajo me di cuenta de que habían sobrado 200 kilos de ladrillos. Para no tener que bajarlos a mano, decidí empacarlos en un cilindro de madera y utilizar la polea instalada en la fachada del edificio a la altura del piso 6o.

Después de amarrar la soga en el primer piso, subí y coloqué los ladrillos dentro del cilindro; luego bajé al primer piso y solté la soga, agarrándola firmemente para garantizar una bajada lenta de los 200 kilos de ladrillos.

Por la sorpresa de ser levantado del piso tan rápidamente, olvidé

soltarme de la soga. Usted puede verificar en la casilla 2 de su formato que mi peso es de 75 kilos, así que no es necesario decir que subí muy rápidamente por el frente del edificio.

Llegando casi al tercer piso me encontré con un cilindro que bajaba, lo que explica las fracturas en la cabeza y hombros. Casi sin parar seguí subiendo, y me detuve solo cuando incrusté dentro de la polea los dedos de la mano derecha hasta la segunda falange.

Afortunadamente tuve la suficiente presencia de ánimo para mantenerme agarrado a la soga, a pesar del dolor. Sin embargo, en ese mismo momento el cilindro con los ladrillos chocó contra el piso y se desfondó; por lo cual, ya sin los ladrillos, quedó pesando sólo 25 kilos.

Como usted puede imaginar, empecé mi rápido descenso por el frente del edificio. Cerca del tercer piso me encontré de nuevo con el cilindro que subía, lo que explica las heridas en las piernas y en la parte baja del cuerpo. Este encuentro con el cilindro detuvo mi descenso lo suficiente para disminuir las heridas sufridas cuando caí sobre el destrozado montón de ladrillos; pero a pesar de ello me fracturé los dos brazos

y una pierna. Lógicamente tuve que soltar la soga, por lo cual el cilindro, que estaba en el sexto piso, cayó velozmente sobre mi pecho, fracturándome 5 costillas.

Espero haber suministrado las informaciones que usted necesitaba sobre la manera como ocurrieron las cosas cuando intenté hacer todo el trabajo YO SOLO.

No puedo firmar, pues tengo los dos brazos quebrados. Esta carta la escribe uno de mis compañeros, a quien le pedí ayuda. Ayuda que debí pedirle para bajar los ladrillos.

(tomado del boletín Haceb)

UNA HISTORIA

Hace mucho tiempo, en una remota región de un reino, vivía un anciano con su nieto. Eran pobres en extremo, y las condiciones de miseria a las cuales se habían visto reducidos, obligaron al viejo a decidir la venta del único bien que poseían: Un burro.

Fue así como un día emprendieron el largo camino hasta la ciudad, seguros de poder llegar antes del cierre de las puertas de entrada al anochecer, para poder quedar a salvo de la amenaza de los bandidos que asolaban los campos y tratar de vender el animal al siguiente día en la plaza de mercado. El viejo llevaba de cabestro al animal y el muchacho marchaba a su lado.

Pronto se encontraron con un grupo de mercaderes que hacían la misma ruta. Al verlos, uno de los viajantes comentó en voz alta: Mirad el descaro de este hombre ! con que tranquilidad y falta de consideración hace andar por estos caminos a ese pobre muchacho !. Habrase visto semejante despropósito ? Debería montar al pobre joven sobre el burro, que bien fuerte se le ve. Así haría el viaje mucho mas cómodo para él. Al oír esto, el viejo ordenó a su nieto que se subiese al burro y continuaron su marcha.

A poco se cruzaron con otra partida de gente, quienes al divisarlos, de inmediato comenzaron a expresarse de mala manera, diciendo: Vean a este joven, en la flor de la vida, y viajando tranquilamente sobre el burro; en tanto, el anciano que lo sigue a duras penas puede sostenerse de pié. La juventud de hoy ya no siente consideración ni respeto por la edad y las canas !. Para evitar mas comentarios, el viejo hizo bajar del burro al muchacho, se subió él mismo y continuaron la marcha.

Ya hacia el medio día se toparon con una avanzada de las tropas del rey, quienes regresaban por otro camino. Al verlos, un oficial comentó: No puede decirse que las gentes de esta región sean las más inteligentes. Mientras ese anciano viaja cómodamente sobre el burro, el pobre muchacho sufre el rigor de tener que hacer su recorrido a pie. Cualquier persona con mediano saber entendería que es mas fácil andar los dos subidos en el burro, que bien

fuerte está. Así harían su viaje más corto y alcanzarían su destino más pronto. Con un suspiro, el viejo ayudó a su nieto a subir al anca del animal.

Mediaba la tarde, cuando alcanzaron una carreta tirada por bueyes. En ella viajaban algunos granjeros, quienes no dudaron en comentar en voz alta: Miren a este par, de seguro llevan ese burro a vender al mercado. Y como ya no les importa, pretenden sobrecargarlo mas allá de sus capacidades, para estafar mañana al primer incauto que se les presente, vendiéndoles un animal derrengado por el esfuerzo a que lo someten. Yo en su lugar, en vez de abusar de la pobre bestia, la llevaría alzada hasta el pueblo, asegurándome de que llegue en excelentes condiciones y poder obtener el mejor precio por él. Dicho y hecho, el viejo y el muchacho desmontaron, procediendo a llevar a cuestas al sorprendido animal.

Pero las continuas paradas a escuchar opiniones de tantos expertos, mas el esfuerzo de cargar al pesado animal, hicieron que su viaje se prolongase mas de la cuenta, llegando a las puertas de la ciudad después de haber sido cerradas. No valieron las súplicas ni las ofertas, nadie les quiso abrir, y fueron víctimas de los ladrones, quienes les arrebataron la carga que con tantas buenas intenciones y tanta necesidad habían traído.

(autor desconocido).